

Agrupados allá en las sacristías,  
 Brindad por él y su fatal victoria,  
 Y a la siniestra luz de las bujías  
 Repasad con placer su negra historia.  
 ¡Reid, danzad en lúbricas orjías!  
 Que allí estará de OCAMPO la memoria,  
 Y el tres de Junio, en vuestra mente escrito,  
 Siempre os recordará vuestro delito.

¡OCAMPO, el tres de Junio, el alto clero!  
 ¡Un mártir, una fecha, un asesino!  
 ¿Para que agregar más? el mundo entero  
 Ve fijado de México el destino.  
 ¡Alzate, Michoacan!—sé tu el primero  
 En perseguir al tigre que abomino:  
 Tú, que detestas su ominoso yugo,  
 Repite sin cesar: ¡¡muera el verdugo!!

VICENTE MORENO.

AL ILUSTRE MARTIR MICHOACANO

## C. MELCHOR OCAMPO

*Composicion leida por su autor,  
 en el primitivo y Nacional Colegio de S. Nicolás  
 de Hidalgo, de Morelia, la noche del 3 de  
 Junio de 1869.*

Aquí estoy otra vez, yo pobre vate,  
 Cantor de tu grandeza y tu talento;  
 Yo, a quien la negra adversidad combate,  
 Yo, que jamás oculto lo que siento.  
 ¿Que importa que en mi frente se retrate  
 De mi angustiado espíritu el tormento,  
 Si en la tumba que guarda tus despojos  
 Pueden su llanto derramar mis ojos?

Biografía.—9.



¡Aquí estoy otra vez! tan larga ausencia,  
 No ha borrado tu imagen de mi alma,  
 Y tu recuerdo anima mi existencia,  
 Infundiéndome fé, dándome calma.  
 La Libertad, la Ilustracion, la Ciencia,  
 En tus manos pusieron verde palma;  
 Y, pues ella tu triunfo simboliza,  
 El mundo de Colon te diviniza.

Aquí estoy otra vez para admirarte,  
 Y mi culto fanático rendirte,  
 Y mi acendrada gratitud mostrarte,  
 Y una corona de laurel ceñirte.  
 Digno eres de mi amor, y debo amarte,  
 Y con santo respeto bendecirte,  
 Ya que cubre tu lápida mortuoria  
 Con sus alas el ángel de la gloria.

Más bien que los vistosos campamentos,  
 Y el terrible rugido de la guerra,  
 Y el incendio, la sangre y los lamentos,  
 Que van llenando de pavor la tierra,  
 Me dan inspiracion los monumentos  
 En donde humilde, la virtud se encierra;  
 Por eso en tu loor, modesto sábio,  
 Himnos entona mi atrevido labio.

Fué tu arma sola tu valiente pluma,  
 La discusion tu campo de batalla,  
 Y del error sobre la densa bruma  
 Arrojaste verdades por metralla.  
 Por tí enfrenaron su arrogancia suma  
 Los enemigos de la vil canalla;  
 Y á tu palabra, de vigor henchida,  
 Se despertó la sociedad dormida.

De la reforma en la inmortal bandera  
 Tu nombre apareció, con fuego escrito,  
 Y el torpe Abuso y la Ambicion rastrera  
 Se miraron, absortos, de hito en hito.  
 Tu voz les anunció su hora postrera;  
 Y, sin temer de la venganza el grito,  
 ¡Paso al derecho!—con ardor dijiste—  
 Y a la Nacion esclava redimiste.

¡Honor á tí, patriota esclarecido,  
 Espanto de la mística sotana,  
 Fiel defensor del pueblo desvalido,  
 Encarnacion de la conciencia humana!  
 ¡Honra y prez para tí, mártir querido,  
 Orgullo de la raza mexicana,  
 Cuya noble altivez y bizarría  
 Causó vergüenza á la traicion impía!



Cual la memoria de mi padre guardo,  
 La tuya guardaré mientras aliente,  
 Aunque mi pecho, con punzante dardo,  
 Traspase la calumnia maldiciente.  
 Si algo en la vida miserable aguardo,  
 Es contemplar feliz é independiente  
 Este país do se meció tu cuna,  
 A la sombra de próspera fortuna.

Jóvenes que me oís, bella esperanza  
 De mi nativo y adorable suelo:  
 OCAMPO os demostró que el orbe avanza:  
 Él os abrió del porvenir el ciclo;  
 En él teneis ejemplo de pujanza  
 Y de sublime abnegacion modelo:  
 Tomad a OCAMPO por segura guia,  
 Y haréis la dicha de la patria mia.

V. MORENO.

## APENDICE

A LA

### Biografía del Sr. Ocampo.

Muy difícil es completar la biografía de una persona que, como el Sr. Ocampo, sufrió en la vida grandes vicisitudes y que procuró casi siempre ocultar los actos más interesantes de su conducta siempre leal, siempre humanitaria.

Para añadir algo siquiera a los apuntes biográficos que hemos trazado ha sido necesario recoger de algunos de sus amigos íntimos noticias conservadas en la memoria, como gratos recuerdos de aquel hombre magnánimo, noticias precio-



sas, que si no bastan a completar su historia, sirven al ménos para dar una idea más perfecta de aquel carácter tan severo en el cumplimiento del deber, como dulce y sensible frente a la desgracia. En el Sr. Ocampo era tan profundo el sentimiento de la justicia, que era el primero en castigarse cuando por un arranque apasionado ó por involuntario error no la acataba.

En prueba de ello vamos a referir un episodio conmovedor. Hacia principios del año 1860, las necesidades de la situación política obligaron al Sr. Juarez a dar mayor ensanche a su administracion. Al efecto, el Sr. General D. Santos Degollado fué nombrado Secretario de Relaciones Exteriores. Presente dicho Sr. en Veracruz, conversaba sobre sus campañas y entretenia al Sr. Ocampo, refiriéndole detalles curiosos é interesándolo en favor de muchos de los buenos patriotas que en la campaña se habian hecho notar por su valor ó por su patriotismo.

Tocó su turno a un gefe de origen español, apellidado Bravo: el Sr. Degollado lo consideraba como a un héroe, y se extendió en referir de él tantos actos de abnegacion, de valor, de lealtad y de sencillez, que en efecto, Bravo aparecia como un hombre extraordinario. En aquella época

de extrema penuria para las tropas constitucionalistas, Bravo jamás pedia un solo real en cuenta de de sus haberes, y cuando algo recibia, que siempre era bien poco, lo repartia entre sus compañeros más necesitados. Conociendo ese desprendimiento el General Degollado, tenia que cuidar de que no le faltase ropa: el empeño del general era inútil: repentinamente Bravo aparecia sin camisa ó sin capa porque habia destrozado la una para vendajes que sirviesen a un herido, y cubierto con la otra a un amigo aterido de frio ó a un soldado enfermó.

Bravo se alimentaba del rancho de la tropa, las más veces, sufría la fatiga de la guerra con extraordinaria fuerza de voluntad, era el primero en el peligro, prodigaba su vida en los combates, y en el asalto dado a Guadalajara en 1858, Bravo fué quien primero apareció sobre el parapeto disputado por el enemigo, y quien primero penetró a la plaza y al palacio hasta arriar la bandera reaccionaria que se apresuró á presentar como trofeo al general en gefe.

Pues bien, este Gefe ilustre, antes de emprender su gloriosa carrera al lado del Héroe de Michoacan, habia sido presentado en Guadalajara al Sr. Ocampo quien le hizo un recibimien-



to áspero hasta la crueldad. La causa de esto era, que, por regla general, el Sr. Ocampo sentía extremo desagrado de que los extranjeros tomaran parte como soldados en nuestras luchas civiles.

Cuando oyó de boca del Sr. Degollado la conducta observada por Bravo, y de la cual apenas hemos dado idea en las líneas que anteceden, el Sr. Ocampo reprimió la expansion con que siempre amenizaba sus conversaciones familiares; y cuantas personas le acompañaban en la mesa pudieron advertir que se hallaba contrariado hasta el disgusto. Apenas levantados los comensales, el Sr. Ocampo entró silencioso a su gabinete y se puso a escribir. Era lo que escribía una carta dirigida a Bravo, dándole satisfaccion por la manera ruda con que lo había recibido en Guadaluajara un año antes. La carta no podía ser más cortés y conmovedora: comenzaba poco más ó ménos en estos términos: *Sé que vale usted mucho más que yo, y no pudiendo yo mismo perdonar la injusticia con que traté á V. en Guadaluajara delante del Sr. Ruiz, deseo saber si está V. dispuesto á excusar el error de un hombre etc.*

Antes de que la carta pudiese ser dirigida a su destino, el teniente coronel Manuel Bravo de-

sembarcó inopinadamente en Veracruz: la noticia de su llegada la recibió el Sr. Ocampo a la hora de comer y a tiempo que se sentaba a mesa. Al oír que Bravo se hacía anunciar al Sr. Degollado a quien buscaba para comunicarle asuntos urgentes del servicio militar, el Sr. Ocampo inmediatamente ordenó que pasase al comedor donde le recibió de pié, ofreciéndole asiento cerca de su persona y de la del Sr. Juárez.

Bravo, casi aturdido en presencia del hombre que le recibió tan desagradablemente en Guadaluajara, dudó por un momento si aceptaría el lugar que se le señalaba; una nueva indicacion del Ministro le decidió a tomar el asiento, despues de saludar con visible cortedad a todas las personas allí presentes.

Trascurrieron algunos minutos que pasaron en silencio, y tomando la palabra el Sr. Ocampo, en tono grave y comedido se dirigió a Bravo en estos ó semejantes términos: *Señor Coronel, mi amigo el Sr. D. Santos me ha hecho advertir que vale V. más que yo: recuerdo que obrando apasionadamente recibí á V. en Guadaluajara de una manera impropia. Deseo saber si quiere V. olvidar aquel acto y ser amigo mio.* La respuesta de Bravo, que enmudeció de pronto, fué tender la



mano a su generoso interlocutor y en seguida estrecharlo en sus brazos.

Esta escena rápida, que tal vez pasó para alguno inadvertida, conmovió a quienes la presenciaron y en particular al Sr. Juárez, que comprendió cuanta era la justificación, cuanto el dominio que sobre el amor propio tenía su amigo y Secretario de Estado, y cuanta grandeza de alma para reparar en público una injusticia cometida privadamente, y que otro hombre de sentimientos menos elevados habria corregido, en reserva ó tacitamente, manifestando alguna consideracion al ofendido.

La satisfaccion quiso darla completa el Sr. Ocampo, encargando a Bravo de una comision delicada y de responsabilidad, que por su naturaleza exijia para su desempeño una persona de entera confianza; Bravo, como era de esperarse correspondio a esta cumplidamente.

Semejantes al episodio que acabamos de referir, podrian presentarse muchos, pero el presente creemos que basta para formar idea mas exacta de aquel gran carácter, de aquel corazon formado para dar cabida a todo sentimiento bueno, de aquella inteligencia cultivada para hacerse útil á

la sociedad; de aquellos instintos nobles, entre los que se notaba tan decidida inclinacion a la verdad, que en aras de ella sacrificó su existencia.

Antes de concluir tenemos que revelar una verdad que nos consta. No tratamos de rebajar el mérito de ninguno de los hombres ilustres que pusieron mano a la reforma; basta que la apoyasen y que se hiciesen responsables de ese trabajo magno para que la patria los coloque a la cabeza de los grandes ciudadanos de la República; pero es de necesidad y de justicia dár a cada uno lo que le corresponda.

Con excepcion de la ley elaborada por el esclarecido patriota D. Miguel Lerdo de Tejada sobre desamortizacion de bienes eclesiásticos, todas las demás fueron hechas por el Sr. Ocampo. Discutiéronse poco y se promulgaron casi como salieron de manos de su autor.

Respecto de la ley sobre desamortizacion no quiso que se demorasen sus efectos, no obstante las muchas observaciones que en su concepto debió hacer para que fuese más fácil en su ejecucion y más benéfica y trascendental en sus resultados; pero en cada una de las secretarías de Estado, depositó una copia de esas observaciones que no sa-



bemos si despues se consultaron para las diversas modificaciones que se han hecho.

Así pues, puede asegurarse que en la obra de la reforma, el benemérito D. Melchor Ocampo fué quién tomó la parte mayor y más escencial; este fué el delito que el bando clerical no quiso perdonarle.

JUAN DE DIOS ARIAS.

F1  
.0  
R8  
18  
C.